

La lengua de la democracia: ¿vernácula o esperanto?*

Traducción de Berna Wang

Will Kymlicka ha afirmado que “la política democrática es política en lengua vernácula”. ¿Implica esto que es imposible la política democrática en una comunidad multilingüe, sea en el ámbito local, nacional, regional o mundial? Este artículo sostiene que la política democrática debe implicar la voluntad de todos los participantes de hacer un esfuerzo para comprenderse mutuamente. Siempre que exista una comunidad de destino, un demócrata deberá buscar los métodos que permitan la deliberación de acuerdo con las dos condiciones clave de la igualdad y la participación políticas. Si la diversidad lingüística es un obstáculo para la igualdad y la participación, han de hallarse métodos para superarlo. El trabajo ilustra el argumento con cuatro casos de comunidades políticas plurilingües: a) una escuela de California con alumnos angloparlantes e hispanohablantes; b) la ciudad de Bielostok en la que coexistían cuatro comunidades lingüísticas diferentes (la polaca, la rusa, la alemana y la yiddish), situación que indujo a Markus Zamenhof a inventar el esperanto; c) los problemas lingüísticos del Estado indio y el papel que desempeñó el inglés—lengua que en 1947 no hablaba la mayoría de la población india— en el desarrollo de la democracia india; y d) el caso del Parlamento Europeo, con veinte idiomas y un número ingente de intérpretes y traductores.

Daniele Archibugi es director de investigación en el Italian National Research Council y profesor en el Birkbeck College de la Universidad de Londres

Carlos V, hombre orgulloso de reinar sobre un auténtico imperio mundial, dijo: “Hablo español con Dios, francés con los hombres, italiano con las mujeres y alemán con mi caballo”. Aunque no era un adalid de la democracia, habría sido interesante preguntarle cuál creía él que era la lengua de la democracia. Aunque nunca oiremos su respuesta, la de Will Kymlicka sí nos ha llegado alto y claro:

* Versión abreviada de la publicada en *Political Studies*, 2005, Vol. 53, pp. 537-555. El autor agradece a Shilpi Banerjee, Neera Chandholke, Paola Ferretti, Mathias Koenig-Archibugi, Raffaele Marchetti, Eva Nag, Praveen Priyadarshi, Simone Roberti y Giorgio Ruffolo por la información facilitada y por sus comentarios a un primer borrador. También recibió comentarios durante dos seminarios celebrados en la London School of Economics and Political Science, en el Centre for Study of Global Governance (18 de febrero de 2004) y en el Political Philosophy Research Group (24 de febrero de 2004), respectivamente, así como en la conferencia “Cosmopolitanism and Europe” celebrada en la University of London Royal Holloway (22-23 de abril de 2004).

La política democrática es política en lengua vernácula. El ciudadano medio sólo se siente cómodo cuando habla de cuestiones políticas en su propia lengua. Por norma general, sólo las élites hablan con fluidez más de un idioma, tienen la oportunidad de mantener y desarrollar sus habilidades lingüísticas continuamente y se sienten cómodas hablando de cuestiones políticas en diferentes lenguas en un ambiente plurilingüe. Además, la comunicación política tiene un gran componente ritual y estas formas rituales de comunicación son características de una lengua. Incluso si una persona entiende una lengua extranjera en el sentido técnico, podría no ser capaz de entender los debates políticos si no tiene conocimientos de estos componentes rituales. Por estas y otras razones, podemos considerar, como norma general, que cuanto más se desarrolle el debate político en la lengua vernácula, mayor será la participación.¹

Si estas afirmaciones pretenden describir cómo ha evolucionado la política democrática en el curso de veinticinco siglos, es difícil no estar de acuerdo: la democracia se ha desarrollado en comunidades considerablemente restringidas que lograron entenderse entre sí no sólo por medio de la misma lengua, sino por medio de un conjunto de códigos tácitos compartidos por sus miembros. Desde el punto de vista descriptivo, nadie niega que una comunidad monolingüe tiene considerables ventajas para la práctica democrática: todos los ciudadanos (con la única excepción de los que tienen problemas de audición) pueden participar en la vida política, cualquier institución (desde el parlamento a un comité de residentes locales) puede debatir y adoptar resoluciones sin intermediarios, al mismo tiempo que el gobierno y todas las instituciones pueden ser controlados por los ciudadanos sin necesidad alguna de intérpretes.

Pero, ¿en cuántas comunidades políticas existe esta situación ideal? Los teóricos de la pluralidad cultural han descrito, con razón, un mundo real en el que no hay Estados con una sola lengua o una sola etnia. La diversidad de lenguas y culturas es una realidad que probablemente aumente dentro de cada comunidad política. Me refiero no sólo a EEUU y su célebre "crisol" y sus cientos de minorías étnicas y lingüísticas. Incluso países como Suecia y Finlandia, cuyas lenguas pertenecieron durante siglos al dominio exclusivo de los nativos, se han encontrado abordando nuevos problemas debido a la reciente inmigración. Al mismo tiempo, también van a aumentar los problemas que trascienden las competencias de las comunidades políticas de una sola nación: por ejemplo, las decisiones sobre las políticas agrícola y de inmigración de Suecia y Finlandia se adoptan cada vez más en Bruselas, y no en Estocolmo y en Helsinki.

No se puede ignorar que, si bien con cierta dificultad, la democracia ha logrado resolver problemas de comunicación lingüística. EEUU ha dado el derecho de voto a inmigrantes de

¹ W. Kymlicka, *Politics in the Vernacular*, Oxford University Press, Oxford, 2001, p. 214.

todo el mundo, e incluso cuando el presidente, el Congreso y el Tribunal Supremo utilizan exclusivamente el inglés, los partidos políticos se dan cuenta de que, si quieren ganar elecciones, tienen que atraer los votos de millones de hispanos. La India también se ha convertido en un Estado con algunos procedimientos democráticos pese a la diversidad de sus lenguas y a que su nivel de vida es muy inferior al de EEUU. Para introducir instituciones democráticas, la India tuvo que adoptar el inglés de sus colonizadores como *lingua franca* junto con el hindi, lo que resultó ser políticamente menos conflictivo que el uso únicamente del hindi, percibido como la lengua de algunos indios, pero no de todos.² Lo mismo ha ocurrido en muchas otras colonias, donde el idioma de los colonizadores se ha convertido en la lengua pública (a menudo para minorías restringidas), mientras que las lenguas vernáculos (muchas veces diferentes entre sí) prevalecen para uso privado. En otras palabras, la lengua no es históricamente independiente de la comunidad política.

Pero la época actual plantea nuevos problemas y nuevas exigencias, mayores que en el pasado.³ ¿Qué podemos hacer para abordarlos? Ni la perspectiva multiculturalista ni la cosmopolita pretenden abandonar los principios y valores de la democracia y la tolerancia. A pesar del fervor polémico que viene caracterizando el debate recientemente, ambas perspectivas tienen más puntos en común de lo que se reconoce en general. Quiero poner de relieve cuatro creencias que asumo comparten tanto los teóricos del multiculturalismo como los del cosmopolitismo:

- 1) La construcción de los Estados-nación fue un proceso artificial que implicó la creación de una “identidad imaginaria” en el sentido que aclara Anderson.⁴
- 2) En todos los Estados, el efecto de la homogenización en curso es la destrucción de las culturas y lenguas locales. Directa o indirectamente, incluso los Estados liberales apoyan este proceso de homogenización.
- 3) La diversidad de lenguas del planeta es un valor que merece ser preservado. Una vez reconocida la velocidad a la que desaparecen las lenguas antiguas en el mundo contemporáneo,⁵ es tarea de las instituciones gubernamentales e intergubernamentales preservar la diversidad lingüística del planeta por medio de políticas culturales especiales.
- 4) Implicar al mayor número de ciudadanos en el proceso de toma de decisiones es un valor constitutivo de la democracia y es tarea de las instituciones fomentar esta participación.⁶

² N. Chandholke, “Negotiating Linguistic Diversity in Democracies: A Comparative Study of the USA and India”, informe University of New Delhi, 2005.

³ Los trabajos recogidos en W. Kymlicka y A. Patten (eds.), *Language Rights and Political Theory*, Oxford University Press, Oxford, 2003, tienen el mérito de analizar esta área relativamente nueva de la teoría política.

⁴ B. Anderson, *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1991.

⁵ Para referencias paradigmáticas de la desaparición de las lenguas antiguas, ver D. Nettle y S. Romaine, *Vanishing Voices: The Extinction of the World’s Languages*, Oxford University Press, Oxford, 2000 y D. Crystal, *Language Death*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

⁶ D. Beetham, *Democracy and Human Rights*, Polity Press, Cambridge, 2000.

Sobre la base de estas premisas, ¿cómo debe modificarse la práctica democrática para abordar la existencia de comunidades políticas plurilingües? Pensar que, para sobrevivir, la democracia exige unas condiciones lingüísticas específicas es subestimar su versatilidad y su capacidad de evolución. Por el contrario, hace falta modificar y ampliar la práctica democrática para permitir que viva y prospere en condiciones medioambientales –como las que determina la pluralidad lingüística– diferentes de las experimentadas hasta la fecha. Cabe decir que la diferencia fundamental entre las perspectivas multiculturalista y cosmopolita radica en las diferentes respuestas que dan a la siguiente pregunta:

¿Cómo deben abordar las comunidades políticas los problemas que afectan a comunidades lingüísticas diferentes salvaguardando las libertades individuales, potenciando al máximo la participación y aplicando procedimientos democráticos?

Pensar que, para sobrevivir, la democracia exige unas condiciones lingüísticas específicas es subestimar su versatilidad y su capacidad de evolución

Ejemplos de “problemas que afectan a comunidades lingüísticas diferentes” pueden ser la provisión de educación o de atención médica en un barrio plurilingüe, la gestión medioambiental de un lago rodeado de dos o más Estados lingüísticamente diferentes, y el nombramiento de un parlamento nacional o incluso internacional.

Por lo que se refiere al problema de la lengua, el multiculturalismo trata de abordar los problemas comunes al mismo tiempo que conserva la identidad lingüística de cada comunidad, permitiendo así unas políticas públicas que separan de hecho las comunidades en función de la lengua. Se supone que esto permite que cada comunidad conserve su propio procedimiento democrático en la lengua vernácula y se reduce al mínimo la exclusión *dentro* de cada comunidad. En resumen, el multiculturalismo hace recaer la responsabilidad en la cohesión –incluida la cohesión lingüística– de la comunidad en cuestión. El cosmopolitismo va en dirección contraria. No tiene intención de modificar la composición de la comunidad política, ni siquiera si, como resultado de hechos históricos, esta comunidad está compuesta por personas que hablan lenguas muy diferentes. Frente a problemas comunes, el cosmopolitismo trata de aplicar el procedimiento democrático, aplicando políticas públicas diseñadas para eliminar barreras lingüísticas, incluso cuando esto conlleva que parte de la población, la que no domina la lengua empleada para fines públicos, esté en cierta desventaja.

Desde una perspectiva normativa, la tesis de que la política democrática debe tener lugar en la lengua vernácula es peligrosa. Me refiero a todos los grupos políticos de América

del Norte y Europa que se oponen a la integración de inmigrantes y razas, que a menudo lo hacen no por motivos autoritarios, sino para preservar un grado elevado de autodeterminación. Estos grupos políticos podrían pensar, de buena fe, que las minorías que no hablan su lengua podrían limitar la vida democrática de su comunidad y que, para preservar esa democracia, es necesario expulsar, aislar o naturalizar a las personas que no tienen el mismo conocimiento de la lengua e incluso reprimir el uso de lenguas distintas de la dominante.⁷ La tesis de Kymlicka podría provocar, así, exactamente el efecto contrario al esperado: en lugar de proteger los derechos de las minorías, podría incluso causar su vulneración.

Por estas razones, me opongo a la idea de que la política democrática sea política en la lengua vernáculo con la tesis contraria de que la política democrática debe ser política en esperanto. Argumento contra la tesis descriptiva mediante la cual se realiza la política democrática en la lengua vernáculo adoptando el principio normativo: la política democrática no está en esperanto, pero cuando es necesario, puede y debe estar en esperanto. Esta tesis no abarca todos los problemas de los derechos lingüísticos tratados hasta ahora, sino única y exclusivamente el problema de la lengua necesaria para la comunicación política.

Muy regular y con un número de palabras limitado, el esperanto fue una de las fuentes de inspiración de la neolengua de 1984, de George Orwell. Fue inventado por Lejzer Ludwig Zamenhof (1889) a finales del siglo XIX por motivos instrumentales, para permitir la comunicación en comunidades plurilingües.⁸ Zamenhof creció en la ciudad de Bielostok, en la actual Polonia, que entonces formaba parte de la Rusia zarista, en la que se hablaban cuatro lenguas diferentes. Como es lógico, entre las cuatro comunidades había malentendidos prácticos, y Zamenhof, con optimismo, tuvo la idea de resolverlos creando un idioma que cada comunidad pudiera aprender con facilidad como segunda lengua. Su ambición para esta neolengua era, obviamente, mucho mayor que esa: si funcionaba para una pequeña ciudad de Europa Oriental, podría tener un valor universal. Obsérvese que el objetivo del esperanto no era sustituir las lenguas existentes, sino complementarlas. Desde entonces, el esperanto ha atraído a unos cuantos acólitos, si bien fervientes, en todos los países, pero ha sido suplantado como *lingua franca* internacional primero por el francés, y después por el inglés. Otros idiomas —el chino mandarín, el hindi, el español, el ruso— se han convertido en lenguas francas en diferentes regiones del mundo. El esperanto puede verse como una utopía positiva, perfectamente simétrica a la utopía negativa de la neolengua de Orwell: mientras el objetivo último de la neolengua era reprimir las ideas contra la autoridad, el objetivo del esperanto es facilitar la comunicación entre personas en zonas remotas del mundo. Del mismo modo que

7 Este es el caso del movimiento “sólo en inglés” de EEUU, cf. J. Crawford, *At War with Diversity: US Language Policy in an Age of Anxiety*, Multilingual Matters, Buffalo, NY, 2000. Más recientemente se han expresado preocupaciones similares en el provocativo artículo de Samuel Huntington, “The Hispanic Challenge”, *Foreign Policy*, marzo-abril 2004, pp. 30-45.

8 L. L. Zamenhof, *An Attempt Towards an International Language*, H. Holt, Nueva York, 1889.

la introducción de unos pesos y medidas universales intenta hacer transparente la vida económica y social rompiendo las asimetrías de información entre individuos y clases sociales. Cuando no existe un medio lingüístico, el requisito esencial de las instituciones y de los individuos que participan en la vida democrática es crear uno, si es necesario, de forma artificial. La lengua universal es, por tanto, la clave de la ciudadanía cosmopolita.

¿Qué es “política democrática”?

El problema de la lengua trae a primer plano muchos aspectos de los conceptos de la democracia. Si asumimos el modelo de suma –la idea de democracia que favorece la suma de preferencias (lo contrario de su formación)– el problema de la lengua se reduce considerablemente. Los miembros individuales de la comunidad política (electores) ya tienen ante sí un conjunto definido de opciones, y si la comunidad política está compuesta por individuos que hablan lenguas diferentes, es suficiente, y técnicamente posible, ofrecer las diversas opciones en las diferentes lenguas.

En un modelo de suma de la democracia, una comunidad política podría tener unas elecciones sin problemas facilitando información en todas las lenguas necesarias. Debería ser obligación e interés de cada partido político hacer que su programa fuera accesible a los votantes en el medio lingüístico más apropiado. En este modelo, se espera que los electores formulen sus preferencias y comprueben que el partido político que ha ganado las elecciones lleva a cabo su programa, mientras su participación directa en la vida política se reduce a un mínimo. Si se diera a los ciudadanos acceso a la administración y a los servicios públicos, es evidente que surgirían problemas lingüísticos, pero no es imposible, como exigen los teóricos del multiculturalismo, proporcionar servicios públicos como la educación y la salud en las lenguas más habladas por los ciudadanos. En muchas regiones donde conviven dos comunidades lingüísticas, los funcionarios públicos ya son bilingües y se prestan los servicios públicos básicos en más de una lengua.

Pero, tanto multiculturalistas como cosmopolitas podrían sostener la opinión de que el modelo de suma no es una descripción exacta de cómo funcionan realmente las democracias, y menos aún de cómo deberían funcionar. Ambos enfoques podrían favorecer un modelo diferente de democracia, que ha sido calificado de deliberativo por Habermas,⁹ discursivo por Dryzek¹⁰ y comunicativo por Young.¹¹ En este modelo, la esencia de la democracia ha de hallarse en la comunicación, es decir, en la capacidad para comprender las

⁹ J. Habermas, *The Inclusion of the Other. Studies in Political Theory*, MIT Press, Cambridge, MA, 1998.

¹⁰ J. Dryzek, *Deliberative Democracy and Beyond: Liberals, Critics, Contestations*, Oxford University Press, Nueva York, 2000.

¹¹ I. M. Young, *Inclusion and Democracy*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

razones de otros y de exponer las propias. En muchos sentidos, los modelos de democracia de suma y deliberativa no se oponen (como se cree a menudo), sino que, por el contrario, son dos fases del mismo proceso. La primera fase es la de la formación de partidos y programas políticos, en la que prevalecen el diálogo y la persuasión. La segunda fase es la de las opciones y la suma de preferencias en época de elecciones, durante la cual prevalecen los argumentos de los partidos políticos que compiten entre sí.

Si la deliberación es una parte importante del proceso democrático, la cuestión lingüística se convierte en algo crucial. Patten afirma que “no hace falta una lengua pública común para la democracia deliberativa”.¹² Esta postura es antitética a la de Kymlicka que, como hemos visto, llega hasta el punto de afirmar que la política democrática sólo puede darse en lengua vernáculo. Patten imagina la posibilidad técnica de utilizar traductores e intérpretes. En una asamblea legislativa nacional, sin duda se puede hacer uso de traducciones simultáneas (ya existen ejemplos en este sentido), pero cuanto más se reduce el nivel de la política, más disminuye la posibilidad de recurrir a intermediarios lingüísticos. Una democracia “fuerte” destaca en parte por unos procedimientos más difusos y menos formalizados:¹³ comités de residentes locales, asociaciones de padres, profesores y alumnos, partidos y sindicatos, son elementos vitales de la vida política.

Si abandonamos el concepto meramente de suma de la democracia, el problema de la lengua se convierte en un obstáculo práctico importante. Pero no creo que se pueda generar una cultura democrática si los componentes individuales (sean barrios, escuelas, asociaciones populares, partidos, sindicatos o ayuntamientos) no están dispuestos a aceptar el principio de la inclusión de los participantes, con independencia de su capacidad lingüística. Se vulnerarían sin duda todos los principios de la democracia si se definiera a los diferentes grupos basándose en criterios religiosos, económicos o culturales. Así, ¿por qué debemos considerar menos atroz la creación de confines lingüísticos? Cuando existe un obstáculo para la participación, la política democrática debe eliminarlo.

Pedir a los ciudadanos que hagan un esfuerzo para entenderse no es un acto neutral respecto del concepto de democracia preferido. Entender a otros

¹² A. Patten, “Liberal Neutrality and Language Policy”, *Philosophy and Public Affairs*, 2003b, 31, p. 379.

¹³ B. Barber, *Strong Democracy. Participatory Politics for a New Age*, University of California Press, Berkeley, CA, 1984.

Los
modelos de
democracia
de suma y
deliberativa
son dos
fases del
mismo
proceso

exige paciencia y una inversión de tiempo y recursos en educación que podría ser inútil fuera del ámbito político. Un ejemplo es el de los (pocos) berlineses que han aprendido rudimentos de turco para comunicarse con una parte esencial de la población de su ciudad. Pedir a los ciudadanos que hagan este esfuerzo es optar por la libertad de los antiguos frente a la de los modernos (por usar la terminología de Benjamin Constant), en tanto que significa pedir a los miembros de la comunidad que dediquen tiempo y energía a superar las barreras existentes para la comunicación, aun cuando ello sirva sólo para la práctica democrática. Un cosmopolita cultural se inclina a ver un valor intrínseco y no sólo instrumental en la oportunidad de conocer una lengua más.

Opciones políticas: una comparación entre multiculturalistas y cosmopolitas

La mejor forma de comprender las diferencias entre las posturas multiculturalista y cosmopolita es exponer casos concretos. En este apartado, expongo cuatro casos paradigmáticos: una escuela de barrio, una ciudad plurilingüe, un gran país pluriétnico y un parlamento supranacional. Obviamente encontramos diferencias significativas tanto entre los teóricos del multiculturalismo¹⁵ como entre los cosmopolitas (en concreto, entre cosmopolitas éticos e institucionales). Aunque no trato de reflejar fielmente la totalidad de las diversas posturas, sí creo que es útil resumir unos casos paradigmáticos –si es necesario, forzándolos un poco– para identificar las diferencias entre los dos enfoques.

Una escuela estatal de California

En una escuela estatal de un distrito de Pasadena, California, dominada tradicionalmente por alumnos angloparlantes, las tendencias demográficas y las oleadas de inmigración están provocando un perceptible aumento del número de alumnos hispanos. Puesto que se ha registrado cierta reducción demográfica entre los angloparlantes, la escuela logra asimilar a los nuevos estudiantes hispanos con bastante facilidad; de hecho, su presencia ha evitado el cierre de la escuela por falta de alumnos. El problema es que ambas comunidades son diferentes en cuanto a nivel de ingresos, cultura, religión y lengua.

Los datos demográficos generales para Pasadena muestran que sólo el 55% de la población habla inglés en el hogar, y que casi el 30% habla español. Estos datos se reflejan obviamente en las escuelas: los alumnos hispanos no hablan bien inglés y el inglés de

15 En concreto, entre W. Kymlicka, *Multicultural Citizenship*, Oxford University Press, Oxford, 1995 y B. Parekh, *Rethinking Multiculturalism. Cultural Diversity and Political Theory*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2002. Para diversas perspectivas sobre el multiculturalismo, ver P. Nelly (ed.), *Multiculturalism Reconsidered*, Polity Press, Cambridge, 2002.

sus padres es aún peor. Las reuniones padres-alumnos terminan en caos donde los angloparlantes se quejan de que sus hijos empiezan a cometer numerosas faltas de ortografía y los hispanos protestan porque sus hijos son víctimas de acoso. Al término de una tormentosa reunión, un padre angloparlante, citando a Samuel Huntington, invitó a la comunidad hispana a soñar en inglés. En respuesta, un mexicano indignado le propinó una bofetada.¹⁵

El director, hombre con una gran intuición, percibe que los angloparlantes están preocupados porque se va a perder la identidad de su barrio. Los hispanos también tienen problemas de identidad, y están preocupados porque sus hijos obtienen notas más bajas que los demás. Los hispanos ni siquiera son tan buenos en los deportes como los anglos, en gran medida porque el deporte que más se practica es el fútbol americano. Varios padres hispanos han nacido y se han criado en EEUU, pero siguen sin tener un buen dominio del inglés. Dado que muchos de ellos son limpiadores en las casas de los anglos, su aspiración es que sus hijos vivan en condiciones que eviten perpetuar la división de clase basada en grupos étnicos.

El director llama a un investigador multiculturalista y le pide que estudie el problema y encuentre una solución. Unas semanas después, el investigador presenta un proyecto en el que divide a los alumnos en dos secciones diferentes, la A y la H. Mediante un ingenioso programa de reestructuración, demuestra que se puede enseñar en inglés en la sección A y español en la sección H. Los padres tienen libertad para elegir la sección en la que quieren matricular sus hijos, aunque cabe esperar que los anglos inscriban a sus hijos en la A y los hispanos inscriban a los suyos en la H. Sin ningún coste extra, el proyecto prevé también la enseñanza de la otra lengua en ambas secciones, permitiendo a los anglos aprender algo de español y a los hispanos estudiar inglés como segunda lengua. El multiculturalista observa también que el deporte es un elemento central de la identidad de grupo y que sería un error impedir que los hispanos practicasen el juego que prefieren y juegan mejor. Por tanto, mientras en la sección A se jugará al fútbol americano, en la sección H se introducirá el fútbol.

El director se siente desconcertado. Se pregunta si el proyecto respeta la Constitución estadounidense, y aunque California disfruta de algunas exenciones constitucionales, decide pedir a un investigador cosmopolita una segunda opinión. Unos días después, el cosmopolita envía su proyecto. En el frontispicio figura una cita de Thomas Pogge: “[...] la mejor educación para los niños es la educación que sea mejor para cada niño”.¹⁶ El plan prevé que

¹⁵ S. Huntington, *op.cit.*, 2004, p. 45: “Sólo existe el sueño americano creado por una sociedad angloprotestante. Los americanos mexicanos compartirán ese sueño y esa sociedad sólo si sueñan en inglés”.

¹⁶ T. Pogge, “Accommodation Rights for Hispanics in the United States”, en W. Kymlicka y A. Patten (eds.), *Political Theory and Language Policy*, Oxford University Press, Oxford, 2003, p. 118.

todos los alumnos reciban la misma educación en inglés, puesto que es la lengua dominante en el país en el que viven y también la *lingua franca* dominante en todo el mundo. Incluye tablas que muestra que los ciudadanos estadounidenses con un buen conocimiento del inglés tienen: a) mayores ingresos, b) menor riesgo de no tener empleo, c) menor riesgo de ser encarcelado, d) más esperanza de vida. Otra tabla muestra cómo está creciendo el inglés como segunda lengua en todos los continentes, y se pregunta si es tarea de la escuela pública –al menos en términos de probabilidad estadística– condenar al alumno a ganar menos, a correr el riesgo de no tener empleo, a terminar en la cárcel e incluso a vivir menos para preservar la lengua de su comunidad lingüística. En cuanto a los deportes, el estudio propone la adopción del béisbol, popular tanto en el Caribe como en Norteamérica.

No contento con demostrar de una vez para siempre todas las ventajas de enseñar en inglés para el bienestar de los jóvenes alumnos, el cosmopolita también sugiere introducir cursos obligatorios de lengua y cultura hispanas para todos, proponiendo como temas básicos para una identidad común el mito del Zorro, Ernest Hemingway e Isabel Allende. La adopción de una sola sección permite ahorrar dinero, que el investigador sugiere invertir en cursos nocturnos de inglés para los padres de los hispanos. Previendo una objeción predecible de los anglos –que los padres del otro grupo étnico acumularán más recursos– el cosmopolita propone cursos nocturnos de salsa y otros bailes latinoamericanos para los padres anglos. También propone crear una asociación turística para organizar vacaciones en el Caribe y Centroamérica. Tras leer atentamente el proyecto, el director sigue perplejo.

La ingeniosa solución de Zamenhof, auténtico adalid del cosmopolitismo, fue crear una nueva lengua artificial, el esperanto, diseñada para poner a las diferentes comunidades en el mismo plano y, además, permitirles comunicarse con todos los ciudadanos del mundo

El problema de Bielostok

Un caso emblemático es el de la ciudad natal de Zamenhof, Bielostok. En la segunda mitad del siglo XIX vivían en la ciudad cuatro comunidades lingüísticas: la polaca (3.000), la rusa (4.000), la alemana (5.000) y la judía (18.000). Esto creaba numerosos problemas prácticos para el comercio, la educación y la vida pública básica que permitía el régimen zarista en un territorio que había conquistado recientemente. La comunidad lingüística más numerosa, la judía, no tenía un gran corpus escrito en la que basar su propia lengua vernácula, el yiddish, mientras que otras dos comunidades lingüísticas, la alemana y la rusa, podían contar con la consolidación de la lengua y la cultura de los dos grandes Estados fronterizos, Alemania y Rusia.

Reconociendo la diferencia, un multiculturalista probablemente habría sugerido crear cuatro consejos étnicos, dotado cada uno de amplia autonomía en la provisión de servicios como la educación y la salud. También habría creado una “Cámara de Compensación” para ayudar a los ciudadanos a intercambiar sus viviendas si lo deseaban, a fin de hacer la ciudad divisible en cuatro barrios lingüísticamente homogéneos. Esto habría reducido en gran medida los problemas de los malentendidos lingüísticos en el comercio y facilitado la educación en las lenguas de las cuatro comunidades. Como hemos visto, la ingeniosa solución de Zamenhof, auténtico adalid del cosmopolitismo, fue crear una nueva lengua artificial, el esperanto, diseñada para poner a las diferentes comunidades en el mismo plano y, además, permitirles comunicarse con todos los ciudadanos del mundo. El hecho de que la solución fuera inviable no debería impedirnos admirar su enorme ambición, con la que un problema local iba a impulsar una lengua universal. Una solución menos ingeniosa –aunque posiblemente habría dado frutos más tangibles– habría sido imponer el bilingüismo, para la educación y la comunicación pública, en la principal lengua eslava (el ruso) y en alemán (que se parece mucho al yiddish), permitiendo y desarrollando el uso privado de otras lenguas vernáculos. Aunque representaba la mayoría absoluta en la ciudad, a la comunidad judía podría haberle preocupado esta solución, pero habría tenido en cuenta el hecho de que casi todos los miembros de la comunidad tenían cierto dominio de al menos otra lengua. Zamenhof probablemente habría estado de acuerdo con la propuesta de Van Parijs, según la cual las comunidades lingüísticas que debieran estudiar la lengua de las demás, en este caso la judía y la polaca, tendrían derecho a recibir compensaciones tangibles de las comunidades que no debieran estudiar otras lenguas.¹⁷

El caso de la India

La India, única por su infinidad de grupos étnicos y lenguas, tiene la segunda mayor población del mundo, que representa casi la sexta parte de los habitantes del planeta. Sin embargo, tras la independencia, la India logró constituir una democracia parlamentaria con un éxito relativo para un país en desarrollo.¹⁸ Esto ha sido posible gracias, en parte, a un Parlamento nacional cuyos miembros son elegidos en todos los estados federales. El mejor enfoque al problema lingüístico ha resultado ser el pragmatismo, acompañado de una saludable dosis de flexibilidad y tolerancia. A diferencia de Italia, hasta el momento han fracasado todos los intentos de crear una lengua unitaria como medio de fortalecer la identidad nacional.¹⁹ El

¹⁷ P. Van Parijs, “Linguistic Justice”, en W. Kymlicka y A. Patten, *ibidem*, p. 167. La propuesta de Van Parijs podría implantarse al menos en la comunidad académica, donde el inglés se ha impuesto inequívocamente como *lingua franca*, y donde las revistas académicas más difundidas, leídas y citadas son angloamericanas. Esto ofrece a los angloparlantes nativos una notable ventaja y una notable desventaja a todos los demás. Como compensación, no sería mala idea que los académicos de otros países pidieran a sus privilegiados colegas angloparlantes que corrigieran sus errores.

¹⁸ A. Kohli, *The Success of Indian Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

¹⁹ E. Annamalai, *Managing Multilingualism in India. Political and Linguistic Manifestations*, Sage, Londres, 2001.

En la India
se hablan
un total de
1.650
lenguas

deseo de crear una identidad india basándose en una lengua común, el hindi, diferente de la de los antiguos colonizadores ingleses –respaldada nada menos que por Mohandas Gandhi, entre otros– ha resultado ser un factor de división más que de unión. Por tanto, para resolver conflictos lingüísticos, se ha establecido que la comunicación entre el gobierno central y cada estado se pueda hacer tanto en hindi como en inglés. El país presume actualmente de tener hasta dieciocho lenguas oficiales, muy pocas en comparación con las 1.650 lenguas que se hablan en realidad. Así pues, se ha creado un sistema en el que las lenguas vernáculas se usan en el ámbito local, una de las lenguas oficiales se usa para la vida política de cada estado y las lenguas de comunicación para la política nacional son, de hecho, el hindi y el inglés.²⁰

Un multiculturalista advertirá de inmediato que la democracia india está limitada por el hecho de que los miembros de las minorías lingüísticas no tienen la posibilidad de controlar los actos del Parlamento y del gobierno. En el propio Parlamento, la diversidad de lenguas hace que no haya certeza de que los miembros de las minorías lingüísticas puedan entenderse entre sí. Para un multiculturalista, podría haber sido más adecuado si, en 1947, la India se hubiera dividido en veinte Estados independientes y no sólo en dos. Esto habría permitido que cada comunidad tuviera una mayor participación política en sus lenguas vernáculas, y aunque ninguno de los veinte Estados independientes habría sido homogéneo lingüísticamente, se habría podido proteger a las minorías lingüísticas con la adopción de políticas que los multiculturalistas propugnan en países como Canadá o España.

Un cosmopolita, por el contrario, vería la formación de una gran nación tras la colonización británica como una gran ventaja para las poblaciones de la zona geográfica en cuestión. Con toda probabilidad, la formación de un Estado federal era de hecho la mejor forma de proteger a las diversas minorías étnicas, religiosas y lingüísticas. Sin ella, habrían estallado en la península india conflictos tan sangrientos como los que hubo en el curso de la subdivisión de la Unión India y Pakistán en 1947, y tampoco podemos descartar que no se hubieran generado conflictos interestatales análogos a los que vienen dominando la vida política africana de los últimos sesenta años. El hecho de que todos puedan considerarse indios con independencia de su lengua ha reducido la violencia política, y el hecho de que hablen inglés en lugar de holandés o portugués ha dado a la India una notable ventaja en tanto que el país tiene así acceso directo a la lengua contemporánea dominante. Cierto es que esto

²⁰ Chandholke, 2005, *op.cit.*, p. 44.

ha favorecido hasta ahora a las élites y no a la mayoría de la población,²¹ pero hoy unas políticas educativas apropiadas pueden convertir el inglés en una notable ventaja competitiva para el desarrollo de la sociedad india.

Mirando al futuro, un multiculturalista probablemente trataría de aumentar el número de lenguas oficiales, junto con la autonomía política local y la preservación y enseñanza de las diversas lenguas vernáculas. Esto produciría una mayor conservación de las lenguas locales, pero también una integración económica, social y política más difícil, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Un cosmopolita, por el contrario, tendería a invertir más en la educación en inglés junto con las lenguas locales para hacer del inglés la *lingua franca* intranacional e internacional. Las consecuencias serían las contrarias de las que desean los multiculturalistas: muchas de las lenguas locales probablemente se perderían, pero la India ganaría tanto en integración nacional como internacional.

El Parlamento Europeo

El Parlamento Europeo tiene actualmente veinte lenguas oficiales. Hasta el momento la cifra ha ido aumentando junto con la de Estados miembros de la Unión Europea. De hecho, las lenguas oficiales son las de los Estados miembros. No hay lenguas oficiales para las comunidades lingüísticas subestatales (la reivindicación de reconocimiento más significativa es la del catalán). Los parlamentarios dependen de la interpretación simultánea, y los documentos se traducen a las lenguas oficiales. A medida que ha aumentado el número de lenguas oficiales, el procedimiento para la traducción se ha ido haciendo más complejo: actualmente hay $20 \times 19 = 380$ posibles combinaciones lingüísticas (“del” y “al”) y a menudo es imposible encontrar intérpretes capaces de traducir, por ejemplo, del portugués al eslovaco o del lituano al maltés y viceversa. De ahí el recurso a las “traducciones dobles” (por ejemplo, del portugués al francés y del francés al eslovaco). Pero ni siquiera este enorme “menú” lingüístico da cabida a todas las lenguas europeas y –aunque rara vez– los miembros de las minorías lingüísticas a veces hablan sus propias lenguas maternas.

El problema ha aumentado con la ampliación del número de Estados miembros y seguirá aumentando cuando Bulgaria, Rumanía y posiblemente Turquía se incorporen a la UE. De los casi 5.000 funcionarios del Parlamento Europeo, 340 son traductores y 238 intérpretes, pero la multiplicación de lenguas podría provocar la multiplicación de esta cifra. En una situación así, es comprensible que surja el problema de reducir el número de lenguas

²¹ Cálculos facilitados por el International Corpus of English indican que la proporción de habitantes de la India que habla inglés varía entre el 4% y el 20%, en <http://www.ucl.ac.uk/english-usage/ice/iceind.htm#>

oficiales del Parlamento Europeo, aunque desde el punto de vista político, es un problema espinoso.²² La ventaja sería un debate más efectivo, y la desventaja sería la limitación –de hecho, cuando no de derecho– del electorado pasivo a las élites que hablan lenguas extranjeras.

Los miembros del Parlamento Europeo pueden expresarse en cualquier lengua oficial (artículo 117 del Reglamento del Parlamento Europeo), aunque en general hablan la lengua de su país. Willy Brandt fue uno de los primeros europarlamentarios que pronunció un discurso ante el Parlamento en una lengua que no era su lengua materna, al utilizar el inglés y no el alemán,²³ optando por traducirse a sí mismo. Su elección estaba justificada por el hecho de que el número de europarlamentarios que entendía inglés era muy superior al de aquellos que hablaban alemán y fue acogida con un caluroso aplauso y algunos silbidos. Los multiculturalistas probablemente le habrían silbado, puesto que habría sido incomprendible para sus propios electores, que sin embargo tenían derecho a ejercer un control sobre su parlamentario. Brandt también obligó a su colegas alemanes que no entendían inglés (posiblemente porque no eran miembros de la élite) a escuchar el discurso de su compatriota traducido. Los cosmopolitas le habrían aplaudido calurosamente porque estaba reduciendo la distancia lingüística entre los parlamentarios, promoviendo así una lengua común para la política europea.

Hoy se están haciendo propuestas para reducir las lenguas oficiales a dos, tres o cuatro, y los órganos del Parlamento Europeo también se han planteado el problema de limitar el uso extendido de intérpretes y traducciones. Los multiculturalistas probablemente son hostiles a estas propuestas porque reducirían el número de candidatos elegibles de hecho (sólo los ciudadanos con un buen conocimiento de al menos una lengua oficial podrían desempeñar su función como parlamentarios). Además, aunque todos los documentos parlamentarios seguirían estando disponibles en las veinte o más lenguas oficiales, siempre existiría el peligro de que una asamblea que trabaja sólo en algunas lenguas se distancie del electorado y en última instancia se convierta en una oligarquía.

²² V. Mamadouh, "Dealing with Multilingualism in the European Union: Cultural Theory Rationalities and Language Policies", *Journal of Comparative Policy Analysis*, 4, 2002, pp. 327-345; R. Phillipson, *English-Only Europe? Challenging Language Policy*, Routledge, Londres, 2003; P. Van Parijs, "Europe's Three Language Problems", en D. Castiglione y C. Longman (eds.), *The Challenge of Multilingualism in Law and Politics*, Hart Publishing, Oxford, 2005.

²³ Para ser precisos, vale la pena añadir que, quizá sin conocer la propuesta formulada 131 años atrás por Michel-Evariste-Népomucène Vincent, el parlamentario italiano de extrema izquierda Mario Capanna pronunció, provocativamente, un discurso en latín en la sesión del 13 de noviembre de 1979, sembrando el pánico en las cabinas de los intérpretes. Una de las pocas personas que pudo entender perfectamente su discurso fue el eurodiputado Otto de Habsburgo, descendiente directo de la Casa Real del Imperio Austro-Húngaro y parlamentario elegido por el derechista Partido Católico (CSU) de Bavaria. Su familia perdió Lombardía-Veneto en la década de 1860 y tenía muy olvidado su italiano, por lo que felicitó a su colega en latín. Esta fue quizá una de las últimas ocasiones en que, pese a estar en diferentes extremos del espectro político, las élites europeas se comunicaron en latín.

Los cosmopolitas, por el contrario, creen que la comunicación en una o en algunas lenguas haría más auténtico y directo el debate parlamentario.²⁴ Sugerirían dejar sólo dos lenguas oficiales, el inglés y el francés, y poner a todos los parlamentarios en el mismo plano, pidiendo a los ingleses que hablasen en francés y a los franceses que hablasen en inglés. También señalarían que, pese a ser elegidos en un país, los europarlamentarios tienen que responder ante la población de Europa, y no sólo ante sus propios electores. Además, para poder trabajar bien en una asamblea legislativa, hace falta poder hablar, aunque sea informalmente, con los colegas, y para ello es necesario tener conocimientos de las lenguas más comunes. Para evitar ir escoltado de una escuadra de intérpretes, cada parlamentario debe poder comunicarse con sus colegas en una lengua común. En resumen, los cosmopolitas preferirían una lengua empobrecida pero directamente entendible a una miríada de lenguas más coloridas pero inaccesibles. Un parlamento en el que cada miembro habla una lengua incomprensible para el resto no es sólo ridículo, sino también inútil.

Por un cosmopolitismo lingüístico

La postura cosmopolita se basa en un supuesto que hay que dejar claro: a saber, que nada impide que los seres humanos dominen dos o más lenguas.²⁵ Investigaciones lingüísticas recientes demuestran con claridad que no hay obstáculos para que los niños aprendan dos lenguas,²⁷ y países enteros del mundo civilizado aplican programas educativos obligatorios para permitir que los estudiantes aprendan bien no sólo su lengua materna, sino también el inglés. Esto no va necesariamente en detrimento de la lengua vernáculo, cuyo valor cultural podrían comprender mejor (como expresión de la diversidad de la humanidad) precisamente las personas que hablan más de una lengua. Los políglotas pueden apreciar el valor de la diversidad lingüística mucho mejor que los analfabetos.

Dominar una lengua universal no significa renunciar a la lengua del grupo étnico propio. Una solución más realista que el esperanto fue la que sugirió Aldous Huxley en su novela *La isla* (1962), una visión utópica positiva de una pequeña comunidad en el Pacífico, la isla

²⁴ P. Van Parijs, 2005, *op.cit.*

²⁵ El plurilingüismo como solución posible es defendido enérgicamente por un multiculturalista como S. May ("Misconceiving Minority Language Rights: Implications for Liberal Political Theory", en W. Kymlicka y A. Patten (eds), *Political Theory and Language Policy*, 2003, *op.cit.*) y por un cosmopolita como Van Parijs (2005, *op.cit.*). En lo que se refiere a la educación, y con independencia del fervor polémico que ha alimentado el debate hasta ahora, parece posible decir que los cosmopolitas quieren que la educación se imparta en la lengua de la mayoría para todos y que la lengua de la minoría se enseñe como segunda lengua, mientras que los multiculturalistas desean lo contrario: es decir, quieren que la lengua principal sea la de cada comunidad y que la lengua dominante se enseñe como segunda lengua a la minoría. Ver A. Patten "What Kind of Bilingualism?" en W. Kymlicka y A. Patten (eds.), 2003, *op.cit.*

²⁶ Ver C. Barker y S. Prys Jones (eds.), *Encyclopaedia of Bilingualism and Bilingual Education*, Multilingual Matters, Clevedon, PA, 1998. Eso mismo lo defiende en el frente multiculturalista S. May, 2003, *op.cit.*

imaginaria de Pala, tan avanzada como enraizada en sus propias tradiciones. Esta comunidad preserva su propia lengua local, pero todos sus miembros hablan inglés, y esto les permite acceder a la tecnología, la información y la cultura de las regiones más avanzadas del mundo. En el mundo real, los países con los índices más elevados de desarrollo humano –Noruega, Suecia, Holanda– están muy cerca del ideal de Huxley.

En un planeta en el que un tercio de la población sigue siendo analfabeta es sin duda innovador pensar en institucionalizar una especie de bilingüismo. Es sorprendente descubrir que dos tercios de los habitantes del planeta ya son bilingües hoy,²⁷ pero esto no une aún a los pueblos del mundo, sencillamente porque no existe una lengua de comunicación: en una palabra, lo que falta es una única lengua que hablen todos como segunda o tercera lengua. Pero en dos o tres generaciones, quizá sea posible encontrar un medio lingüístico ampliamente difundido. En lugar de elegir hoy entre la lengua vernácula y el esperanto, puede que sea más útil apoyar la inversión en educación para permitir que las personas aumenten sus habilidades lingüísticas.

En la India y en Europa, ya puede verse en acción el plurilingüismo.²⁸ Los británicos en Europa y los hindis en la India están entre los privilegiados que pueden permitirse hablar una sola lengua, mientras que muchas otras personas tienen que hablar al menos dos (el inglés como *lingua franca* y su propia lengua vernácula), y otros aún hablan ya tres (como los catalanes, que tienen que hablar español como lengua dominante de su Estado e inglés como lengua dominante europea e internacional). No pretendo decir que el acceso lingüístico está abierto para todos: como señala correctamente Kymlicka, las élites siguen teniendo ventajas y, en un mundo globalizado, también gozan de un privilegio lingüístico. Es muy fácil hacer una sociedad más igualitaria haciendo analfabetos a los políglotas, pero una política social ilustrada debería intentar hacer políglotas a los analfabetos.

²⁷ *Ibidem*, cap. 1.

²⁸ Ver D. Laitin, "The Cultural Identities of a European State" en *Politics and Society* 25, 3, 1997, pp. 277-302; V. Mamadouh, 2002, *op.cit.*; P. Van Parijs, 2005, *op.cit.* para Europa; y E. Annamalai, 2001, *op.cit.* y N. Chandholke, 2005, *op.cit.* para la India.